

## INTRODUCCIÓN

Esta presentación consiste en algunos de mis trabajos de investigación de los últimos veintidós años de mi bastante azarosa vida académica, iniciada en 1955 al graduarme en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Lo que más me ha interesado es la forma en la que el ser humano navega por la vida que lo condiciona y que él crea en tanto tal ser humano.

No sé cómo fue que hace unos cincuenta años comencé a interesarme por esa hecatombe americana que se llamó conquista y asentamiento europeo en América mientras que en la historia humana hubo tantas otras antes de y después de aquella. Como joven no me interesaba tanto el porqué, sino el cómo. ¿Cómo es que el indio olvidó sus propias conquistas sobre otros nativos y cómo el conquistador olvidó las conquistas que sus antepasados habían sufrido? Se dice que el fin justifica los medios, pero esto no aclara nada, ya que a veces no se puede distinguir uno del otro y en verdad, creo que los medios justifican los fines la mayoría de las veces.

Y justamente porque casi todo es todo, yo centré mis trabajos en la interacción. En 1983 presenté mi tesis doctoral en la New School for Social Research en Nueva York. Su título: «Interethnic Relations during the Period of Nation-States Formation in Chile and Argentina: from Sovereign to Ethnic». Tendría que haber precisado que el período al que dedicaba mi trabajo corría de 1810 a 1885. Desde mi punto de vista esta tesis se siente cómoda entre conceptos y acciones como la interacción, la temporalidad, los sujetos participantes en qué y cuándo y en qué grado, las armonías y los conflictos entre ellos y una macropolítica en movimiento. El marco macropolítico le daba un último sentido a la interacción y a la temporalidad vivida. Se trataba de un momento histórico nuevo para todos los pueblos participantes, tanto para los criollos como para los indígenas porque, a diferencia del poder imperial hasta la primera década del siglo XIX, había llegado la urgencia no de hacer una unidad independiente de aquel poder, sino una unidad nueva: el estado-nación. Mientras, sobre las tierras que todavía ocupaba el indio, con la caída del poder real, el indio se convirtió en soberano, pero un soberano sin estado y organizado en sociedades segmentales, lo que

para los criollos era una doble contradicción que los indios no entendieron nunca y lo que los euroamericanos trataron de entender sin darse claramente cuenta de ello, porque los dos cambios que tuvieron que promover para ser reconocidos como países independientes primero y como estado-nación después, fueron tanto o más urgentes que su relación con el indígena, dado que esa tierra que debía transformarse en el territorio de un estado moderno hubiera sido declarada por las potencias europeas como tierra de nadie, como realmente ocurrió en ciertas áreas chilenas y argentinas unos cincuenta años después de declaradas la libertad y la independencia.

Y para completar el cuadro histórico, a mediados del siglo XIX en la moderna Europa aparecieron ideas más radicales en las plumas del Conde Gobineau y de Bluntschli. El libro *Essai sur l'inégalité des races humaines*, publicado en 1854, ponía en peligro los derechos de muchos euroamericanos mestizos y de los indígenas que hubieren querido, por cualquier razón, incorporarse a los estados criollos pero más aun, el derecho a la existencia de los indígenas libres.

Johans Bluntschli, un suizo-alemán, en su *Teoría del Estado*, también en los años cincuenta, y traducida al castellano antes que al inglés, hablaba de un estado relacionado con una nacionalidad como imperativo de los tiempos. Este vocero del modernismo decía, por un lado, que las naciones civilizadas tenían derecho sobre las tierras no cultivadas —lo que apuntaba directamente a los cazadores y recolectores—, y, por otro, que las naciones no pueden existir sin un estado, augurando así una muerte segura al pueblo que fallara en eso.

Ya encontrará el lector, en varios de mis trabajos, esta temática que estuvo no sólo instalada entre los criollos sino también, en alguna forma, entre los indígenas que sí entendían —por lo menos algunos de ellos y dentro de sus categorías mentales políticas— la necesidad de pertenecer a un estado que asegurara su existencia con sus características propias, como les hizo pensar Orllie-Antoine Tourens con la complicidad encubierta del gobierno francés. Los indígenas del oeste de la cordillera aceptaron abiertamente la constitución del Reino de la Araucanía y la Patagonia mientras que algunos de las pampas, si bien no declararon ser sus súbditos, no impedían el paso de Orllie por la Patagonia norte. Otros casos anteriores también fracasaron por sí mismos y también otros lo hicieron fracasar. De todos modos, el carácter segmental básico de la estructura política indígena de aquellas cordilleras y aquellas pampas no hubiera podido hacer la transformación... ¿o sí?

Los estados y los gobiernos de Chile y Argentina se encargaron de alejar a Orllie Tourens, pero todavía hoy existe el estado no territorial del reino patagónico encabezado por un descendiente de aquel fundador.

Lo paradójico de todo esto es que durante la colonia, algunos caciques fueron estimulados a transformar y tomar el poder más allá de su parcialidad mientras que otros caciques eran instados a aceptar ese poder uniper-

sonal. Los estímulos fueron muy superficiales y llenos de contradicciones, lo que, a su vez, reflejaba las opuestas opiniones de importantes actores de aquella política imperial.

Como verá el lector, los temas se centran en una Antropología Política de la mano de la Historia en sus tres medios: el europeo, el euroamericano y el indígena.

Pero para llegar a ello no me servían ni la Antropología clásica sin historia, ni la Historia clásica sin antropología. Comencé, entonces, a buscar conceptos y métodos que me permitieran no sólo trabajar más cómodamente sino también me ayudaran a entender esa realidad histórica. Así, a todas estas modificaciones y préstamos llamé Etnohistoria. Pero este desarrollo se me fue dando lentamente, con dudas y aserciones algo contradictorias.

En un principio me encontré con una Etnohistoria que aceptaba; pero, a la vez, sospechaba de ella sin tener claro el porqué. Sobre todo porque no veía en ella instrumentos metodológicos ni conceptos útiles. Un ejemplo de esto es el concepto central de etnia. Sabía que Clark Wissler —quien en 1908 le puso el nombre de Etnohistoria a los estudios de los pueblos sin historia— había errado, porque esos pueblos de todos modos tienen «historicidad», a pesar de que cuentan su historia con una narración oral y sagrada de sus orígenes. Pero me faltaba el «cierre», por lo cual en algún momento pensé que podría ser que se pudiera prescindir de la Etnohistoria una vez que la historicidad de esos pueblos hubiera sido imbricada en la Historia, porque esa presencia tenía consecuencias en la historia de algunas sociedades modernas. Pero esto no era suficiente.

Tenía que revisar varios conceptos. El de etnia, el de interacción histórica, el de cultura —para sacarlo de su atemporalidad y de su «armónica integridad»— el de desarrollo e involución de las diferencias culturales y otros varios conceptos dependientes de éstos. La disciplina etnohistórica tenía que ser disciplinada tanto como las otras.

Fui buscando procesos básicos y me pareció que la noción de proceso en sí necesitaba ser revisada. Encontré otro concepto que llamó mi atención. Fue el de «acontecimiento», que según Bertrand Russell se puede aplicar incluso a la Física como unidad de análisis.

Luego llegó a mis manos el estudio de las variaciones de los cambios físicos, sociales, culturales, con el hallazgo de la noción de los «cambios repentinos» estudiados por René Thom en su Teoría de las Catástrofes, del Caos, o Teoría de los Cambios Discontinuos. Thom dice que el objetivo de la ciencia es el de captar la incesante creación, evolución y destrucción de formas, es decir *la estabilidad cualitativa* a pesar de la inestabilidad cuantitativa.

Con esto recordé la Teoría de la Gestalt que había estudiado muchos años atrás la cual puntualiza, entre otras cosas, que los cambios no se producen por la simple modificación de alguno de los elementos, sino por el

cambio de un elemento básico, clave, por pequeño que sea, en la estructura total. No se necesitan muchos cambios para cambiar el todo. Sólo se necesita un cambio estratégico. El problema es saber cuál es esa parte estratégica.

Pero ¿por qué esto? Porque la estructura no depende de los elementos que la componen sino de la interacción entre ellos. Esto me llevó lentamente a plantearme otra vez el viejo concepto de *interacción* y a encontrarme con el descubrimiento *del arte o técnica de timonear o pilotar* es decir, la Cibernética cuyo centro neurálgico está en la interacción retroalimentadora o *feedback*.

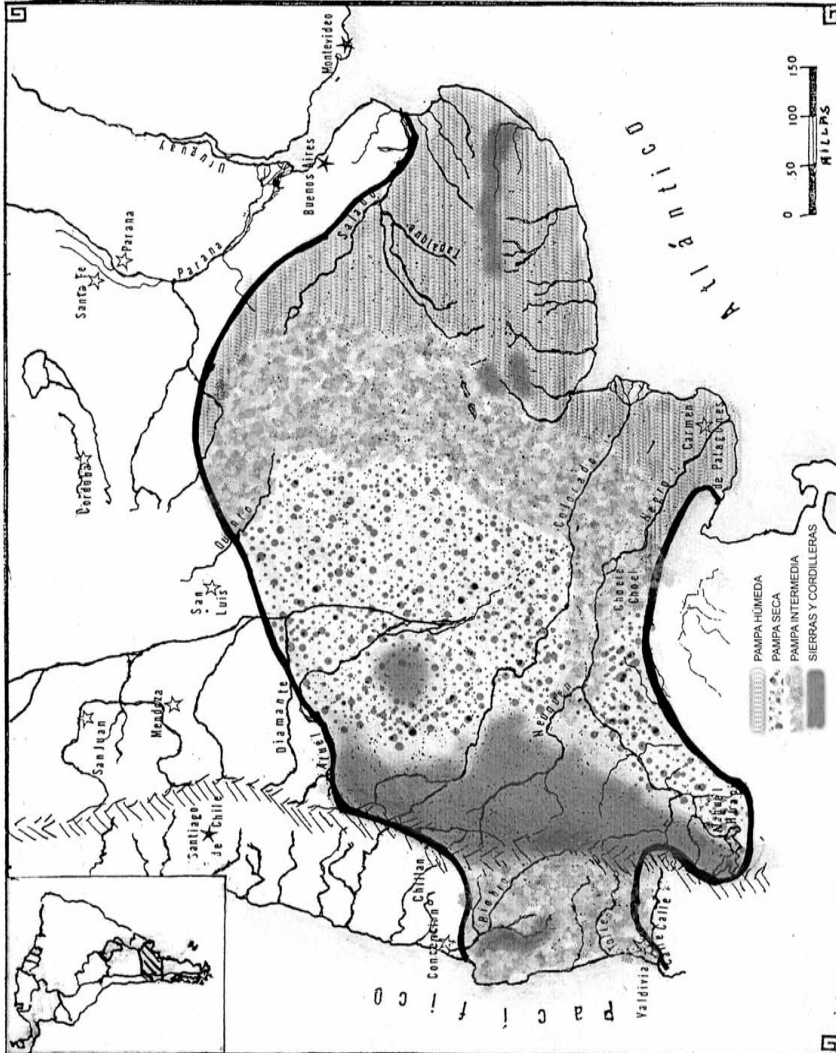
¿Qué quiere decir retroalimentadora? Pues que los resultados de una acción o transformación o *output* vuelven como información, alimento o *input* a los datos de entrada para el próximo ciclo de acción. Así, tan simplemente, no sólo se rompe con la concepción de que causa y efecto son dos momentos distintos, sino también que son cosas distintas y consecutivas. Es decir que en la interacción el efecto se transforma en causa, siendo la causa el efecto de una acción.

En la interacción social, el momento en que los participantes o alguno de ellos toma el efecto de su conducta como problema, lo revisa, busca sus logros o fallas e incorpora —si puede— este saber en su acción futura, es momento del cambio radical, del cambio que lleva a transformar la forma oponiéndose así al cambio que lleva a mantener la forma aunque cambie su estructura.

Para algunas culturas o sectores sociales que necesitan mantener el poder a la vez que mostrarse vanguardistas, lo mejor es el cambio para mantener la forma básica es decir, el cambio reproductor. Para los que ven la necesidad de un cambio profundo, será necesario ejercer el poder de los cambios transformacionales. El problema es complejo: no sólo tiene que encontrar una nueva forma para sí mismo sino también para el otro que interactúe con él... y así se va escribiendo la historia.

En esta introducción presento un mapa que señala el sector del cono sur de Sudamérica al que me dedico. Comprende una zona desde el Pacífico al Atlántico en su extensión máxima, es decir, antes de que la frontera de Buenos Aires comenzara a adentrarse en territorio indígena. El mapa muestra la pampa húmeda, la pampa intermedia, la pampa seca, las sierras y la cordillera.

Estas diferencias geográficas representaron diversidad de habitabilidad para el nativo, así como dificultades casi definitivas para los españoles y criollos no sólo por las condiciones físicas extremas de algunas de ellas, sino por el aumento de habitantes nativos que a través de los siglos fueron capaces de acomodarse a todas esas diferentes condiciones físicas cosa que no sucedía, sino casi al contrario, con los blancos, quienes después de los primeros exploradores recién las penetraron en la segunda mitad del siglo XIX.



Mapa. Área de estudio en su mayor extensión histórica.

El cuerpo de este trabajo consta de tres partes. La primera intenta captar situaciones muy comprometidas entre los nativos y los descendientes de aquellos allegados o entre nativos entre sí, ya en la paz, ya en la guerra.

De esta parte quiero destacar el primer trabajo de la primera sección, que también servirá como guía general. Muestra, en épocas tardías, una gran intensidad de migraciones desde las áreas centrales y sur de la araucanía hacia las pampas, ya por motivos económicos ya por motivos políticos emergentes en sus territorios de origen. Lo más importante en términos geopolíticos fue la duración y el poder de los ranqueles y de los salineros en las pampas lo que se pudo dar porque ambas parcialidades mantuvieron, y en los últimos años compartieron, un corredor territorial desde la zona de sus orígenes hasta las zonas de sus respectivos asentamientos.

Este corredor bien protegido permitió a ambas parcialidades contar con bastante rapidez, dados los medios de transporte, de grupos de apoyo cuando los cacicazgos ya establecidos en las pampas corrían peligro de extinguirse o necesitaban más hombres para enfrentar tanto a las fuerzas imperiales y las nacionales como a otras fuerzas indígenas, en varios momentos de agresión interna que el sistema político segmental indígena proponía.

La segunda parte está dedicada sobre todo a la antropología política de los indígenas, en aspectos internos muy poco desarrollados por los colegas que estudian la organización social indígena y algunos parámetros intelectuales de los criollos respecto de los indígenas.

La tercera parte incluye aspectos metodológicos que, como traté de explicar en páginas anteriores, primero fueron presentándose sin mucha conciencia de ellos en alguna de mis producciones y en otros momentos fueron acumulándose y aclarándose recíprocamente.

Con el fin de presentar algunas características generales de la región, permítaseme tomar unos párrafos del prólogo que escribí para el interesante libro de Lidia Nacuzzi *Identidades impuestas. Tehuelches, Aucas y Pampas en el norte de la Patagonia*, en julio de 1998.

En algunos párrafos yo decía: «Pocos cambios inducidos por el ser humano habrán sido tan trascendentes como el ocurrido en el continente americano en el corto tiempo del siglo xvi. No sólo conquistadores y pobladores llegaban en sucesivas oleadas desde otro continente, no sólo perecían los aborígenes de a miles [por las nuevas enfermedades], sino que junto con aquellos llegaron dos cuadrúpedos más grandes y fuertes que casi cualquier otro animal terrestre que existiera en ese momento en América: los caballos y las vacas...».

«Ya en el siglo xvii estos animales erraban por las llanuras americanas en grupos enormes que en estampida destruían cuanto se les pusiera en el camino mientras el trájín de sus cascos cambiaba el pasto blando por pastos duros. El ecosistema de las llanuras fue trastocado ya que por definición, el ganado cimarrón se desarrolló en la fronteras del imperio. Los nó-

madras de las llanuras, aquellos a los que no se les podía extraer labor, fueron “conquistados” por los nuevos cuadrúpedos. El indígena, por una urgente necesidad adaptativa al nuevo ambiente así como por aculturación antagónica, porque entendía las ventajas del uso militar de los caballos y el uso económico que los españoles hacían del ganado bovino, fue domeñado por sus conquistadores...».

«Cuánta y de qué naturaleza fue la desarticulación social que se produjo entre la población de las praderas, no lo sabemos. Sí sabemos que a mediados del siglo xvii el indígena, en general, ya controlaba la nueva mesofauna. Aprendieron cuál era su valor de cambio y dónde estaban los centros de demanda así como las conveniencias diferenciales de ir a ofrecerlo en uno u otro de estos centros. Y con esto quedaba inaugurada otra fuente de conflictos y armonías entre los grupos indígenas...».

«Pero esa frontera también tenía otro interés que alimentaba su matiz ambivalente: el indio de las pampas llevaba ponchos pehuenches hacia la frontera del este. La demanda chilena de ponchos para exportar a Potosí y Lima, intentaba frenar ese drenaje de mercaderías hacia el este con la supresión del mercado de animales instalado en su propio sur al que, hasta aproximadamente 1780, abastecían los pehuenches-huilliches no tejedores de la cordillera conectados directamente con las agrupaciones de la zona sur de las llanuras. La guerra entre pehuenches propios y huilliches pehuenches (1775-1790 aproximadamente) fue alentada por los gobiernos del Reino de Chile y el Virreinato del Río de la Plata... Con la derrota absoluta de los huilliches-pehuenches, se desarticularon las conexiones entre los grupos indígenas del norte de la Patagonia...».

«Los mecanismos de supervivencia estaban instalados en su práctica flexible de delimitación de territorio, en las diversas formas sucesorias de la jefatura más allá del nivel de la familia extensa, en su sistema de información y capacidad de procesarla, en su sistema de justicia consuetudinaria, en sus medios de concretar alianzas, es decir, en la fábrica social de las interacciones entre su estructura social, su acción social y su capacidad decisional. De todo esto fue emergiendo su devenir histórico, su persistencia y su cambio».

Así las cosas, dejo al lector la evaluación de todo el material y quiero agradecer a Mariana Pando, Beatriz Bellelli y Hernán Bechis por sus artes y paciencia para diagramar y actualizar la enorme diversidad de formas de presentación de trabajos que se han sucedido en los últimos veintidós años de cambios tecnológicos, urgencias varias y cambios de estilo en la comunicación. Y, sobre todo, agradezco a la doctora Mónica Quijada Mauriño no sólo por la invitación a presentar este trabajo al Comité de la Colección América sino también por su paciencia en contestar tantas llamadas telefónicas y *mails* desde este lejano punto de nuestra Tierra.

Buenos Aires, septiembre de 2007.